

Crónica  
*de Córdoba*  
*y sus Pueblos*

XXV



Córdoba, 2019

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



**Crónica**  
*de Córdoba*  
*y sus Pueblos*  
**XXV**

**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2019



## **Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

### **Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXV**

#### **Consejo de Redacción**

##### **Coordinadores**

Juan Gregorio Nevado Calero

##### **Vocales**

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

**Edita e Imprime:** Diputación de Córdoba  
Ediciones y Publicaciones.

**Foto Portada:** Vista de Iznájar desde el Sur. Foto de Miguel Gutiérrez Ortiz.

**I.S.B.N. Autor :** 978-84-09-14443-3

**Depósito Legal:** CO 1401-2019

## A PROPÓSITO DEL CENTENARIO DE JULIO BURELL (1859-1919): ACTUALIDAD DE UN POLÍTICO IZNAJEÑO, PERIODISTA E INTELLECTUAL<sup>1</sup>

Antonio Cruz Casado

*Cronista Oficial de Iznájar y de Lucena*

EL MINISTRO.- ¡Ay, Dieguito, usted no alcanzará nunca lo que son ilusión y bohemia! Usted ha nacido institucionista, usted no es un renegado del mundo del ensueño. ¡Yo, sí! (Ramón María del Valle-Inclán, *Luces de bohemia*).

Iznájar es un pueblo infeliz que, como otros muchos de España, no ha conocido nunca la acción del Estado sino por sus omisiones o por sus excesos. Desposeído de sus bienes comunes, sin beneficios para sí ni para los suyos, es un rudo soldado del trabajo y de la pobreza... (Julio Burell, "Pidiendo gracia", 21 de agosto de 1899).

Todos los periódicos madrileños estuvieron pendientes de la última enfermedad y de la muerte de don Julio Burell. He aquí, por ejemplo, como se hacía eco detallado de la triste premonición la página sexta del diario *La Correspondencia de España*, del jueves 20 de febrero de 1919, bajo el título de "El Sr. Burell, muy grave":

Ayer de mañana circularon noticias muy alarmantes acerca del estado del Sr.

---

<sup>1</sup> Una versión de este trabajo, algo más breve y con referencias más antiguas, se publicó con el título: "El Señor Ministro no es un golfo". La huella de Julio Burell en *Luces de Bohemia* (1920), esperpento de Valle-Inclán", en Lily Litvak y otros, *Retorno al Café de Fornos. Sesquicentenario de Julio Burell (1859-2009)*, ed. Manuel Galeote y Antonio Cruz Casado, Iznájar, Letras de la Subbética, 2010, pp. 23-47. Nos hemos venido ocupando de este escritor desde hace mucho tiempo, al menos desde 1978, en que publicamos en la revista de la feria de Iznájar, de ese año, un artículo titulado "Julio Burell en la obra de Ramón María del Valle-Inclán", que prefiguraba algunos aspectos de la presente aportación; otros trabajos nuestros, más recientes son: "El Cristo de los pobres (A propósito de "Jesucristo en Fornos" [de Julio Burell])", en Manuel Galeote, *Los artículos de Julio Burell*, Iznájar, Letras de la Subbética, 2007, pp. LXXIII-LXXVII; "Julio Burell periodista y político: dos calas en sus relaciones humanas (Emilia Pardo Bazán y Francisco de Paula Canalejas Casas)", en *Crónica de Córdoba y sus pueblos. XVII*, ed. Juan Gregorio Nevado, Córdoba, Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales / Diputación Provincial, 2011, pp. 255-262; "Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1859-Madrid, 1919): aproximaciones y textos", en *Crónica de Córdoba y sus pueblos. XXIV*, ed. Juan Gregorio Nevado, Córdoba, Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales / Diputación Provincial, 2018, pp. 77-92, etc.

Burell. Desgraciadamente, no eran infundadas. El Sr. Burell había pasado una noche malísima, y su estado de postración inspiraba muy serios temores. El parte facultativo de ayer decía: "El Sr. Burell ha empeorado, habiéndose acentuado los síntomas cerebrales urémicos. La familia no recibe". Celebraríamos muy sinceramente que los temores no se vean confirmados.

Y, tras el epígrafe *Se acentúa la gravedad*, el anónimo periodista añadía:

En el Congreso, al propio tiempo que era objeto de todas las conversaciones la noticia relativa al atentado contra Clemenceau, se supo con verdadero sentimiento que el Sr. Burell se había agravado en términos verdaderamente desconsoladores. Excusado decir la impresión que la noticia causó entre los concurrentes al salón de conferencias y pasillos. Conociáse sólo ayer mañana que el ilustre enfermo se había agravado, pero no llegase a suponer que la gravedad revistiera caracteres tan alarmantes. A las tres se verificaba consulta de médicos. Algunas personalidades políticas, entre ellas el Sr. Dato, al enterarse de las impresiones pesimistas que se tenían acerca del Sr. Burell, se trasladaron al domicilio del enfermo. Entre ocho y nueve de la noche se advirtió una ligera reacción en el enfermo. Ello se prestó a alguna esperanza que, desgraciadamente, se desvaneció bien pronto, porque aquella duró pocos minutos. Sucedió a ella la postración grande en que el enfermo había permanecido todo el día. En las primeras horas de la madrugada, el estado del Sr. Burell era de gravedad tan inmensa, que se temía un desenlace inmediato (*La Correspondencia de España*, 21 de febrero de 1919, p. 6).

Al día siguiente, 21 de febrero, y en el citado medio de la capital se aventuraba ya el fatal desenlace; en la misma página sexta de la publicación se anunciaba, tras el titulillo *El Sr. Burell*, el inminente desenlace, con términos que repiten parcialmente las indicaciones del día anterior:

Entre ocho y nueve de la noche se advirtió una ligera reacción en el enfermo. Ello se prestó a alguna esperanza que, desgraciadamente, se desvaneció bien pronto, porque aquella duró pocos minutos. Sucedió a ella la postración grande en que el enfermo había permanecido todo el día. En las primeras horas de la madrugada, el estado del Sr. Burell era de gravedad tan inmensa, que se temía un desenlace inmediato. Las últimas horas de la madrugada las pasó el Sr. Burell algo despejado. Su estado no era esta mañana tan desesperado como lo fue en el día de ayer. Se ha iniciado, dentro de la intensa gravedad del paciente una ligerísima mejoría. La ligera esperanza que llegó a abrigarse esta mañana ha ido desvaneciéndose. La mejoría ha ido desapareciendo, volviendo a caer el Sr. Burell en un estado de postración grandísimo. A la hora de cerrar esta edición ha entrado el Sr. Burell en el período agónico (*Ibidem*, 22 de febrero de 1919, p. 6).

Como vemos, la repetición casi completa de la misma noticia en fechas consecutivas parece indicar que el público del momento estaba muy interesado en la

enfermedad del personaje, aunque el periodista de turno no disponía de otras noticias que añadieran novedad alguna al asunto. El hecho es que Julio Burell fallece el día 21 de febrero de 1919, hacia las cinco y cuarto de la tarde, de tal manera que, en la edición correspondiente al 22 del mismo mes, se incluye un amplio informe de dos columnas, con numerosos datos y encendidos elogios de la figura desaparecida. De esta extensa información, tomamos las noticias relativas al final de su vida que, tras el epígrafe “Julio Burell”, nos informan de sus últimas horas:

Ayer dejó de existir el ilustre periodista y ex ministro D. Julio Burell. Burell llevaba ya varios días luchando entre la vida y la muerte. La causa de ésta ha sido una pulmonía doble. Ayer mañana celebraron consulta los médicos; a las tres entró en la agonía y a las cinco y cuarto entregaba a Dios su alma. Al lado del Sr. Burell se encontraban su esposa y demás personas de la familia, entre ellas el gobernador de Ávila, Sr. Castro, y los Sres. Anguita y Melgares. La noticia fue comunicada al Congreso, y rápidamente circuló por Madrid. Al domicilio del Sr. Burell acudieron numerosos hombres políticos para expresar su pésame. El entierro del Sr. Burell se verificará hoy sábado, a las tres de la tarde, recibiendo sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Justo. Otro más, de los buenos y de los grandes, que se va, cuando aún tanto se podía esperar de sus incansables actividades y de sus talentos excepcionales (*La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p. 3).

En el fragmento transcrito interesa señalar la presencia del escritor Cristóbal de Castro en la casa del fallecido. Por aquel entonces Castro desempeñaba el cargo de gobernador civil de Ávila<sup>2</sup> y estuvo siempre muy cercano a su paisano Burell, que había guiado en cierta medida la carrera del joven iznajeño. A su libro *Rusia por dentro* (1904), le había puesto breve pero elogioso prólogo<sup>3</sup>.

Al texto antes indicado de *La Correspondencia*, sigue un amplio ditirambo, que recogemos en nota, donde se presta cuidadosa atención a algunas de las cualidades humanas e intelectuales de que estaba adornado el ilustre personaje, entre las que figuran su capacidad elocutiva, la fuerza de su palabra y su honradez<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Ya lo era, al menos desde el año anterior, como comprobamos en una curiosa foto del *ABC*, de Madrid, correspondiente al 28 de diciembre de 1918, en la que, tras el título “Las Pascuas de 1918 en Ávila”, podemos leer el pie siguiente: “El gobernador civil, D. Cristóbal de Castro [marcado con una X], con la junta de damas, repartiendo juguetes a los niños pobres. (Foto Fuentetaja)”.

<sup>3</sup> En las líneas finales escribe Burell: “Yo miro todos estos triunfos de usted con profunda alegría y muy de corazón le felicito, con exaltaciones apasionadas y centelleos de elocuencia arrebatadora, en que se tradujeron todas las inquietudes y todas las aspiraciones, las rebeldías y las amarguras de cuatro generaciones de españoles en el espacio de los últimos cuarenta años. Y ese verbo de acento tan inspirado como inolvidable, que caldeó las almas de los viejos revolucionarios vencidos y supo alentar nuevos bríos en la juventud que llegaba a la vida pública con cierto idealismo en el pensamiento, pero todavía dolorida y como anonadada bajo el peso del infortunio de los nacionales desastres, buscó y encontró todos los caminos que llevan al corazón del pueblo, primero en el campo inmenso del periodismo, y, por último, la solemnidad de la tribuna parlamentaria. Como periodista y

Los “Datos biográficos” que integran la parte final del artículo tienen, para nosotros, el interés de transmitirnos una breve biografía de Burell con detalles que pudiéramos considerar de primera mano o que, al menos, no parecen falseados por la distancia cronológica. El texto indica lo siguiente:

Don Julio Burell y Cuellar nació en Iznájar (Córdoba) en 1859. Muy joven, aún no había cumplido diez y seis años, ya se hizo notar entre sus coterráneos por los artículos que publicaba en los periódicos de combate y los fogosos discursos que en los mítines pronunciaba. Su vocación de periodista se manifestaba ya entonces, haciendo presente lo que fue luego, ante todo y sobre todo, un maestro de periodistas. Esta vocación hizo que descuidando su profesión de abogado, cuyos estudios cursó en la Universidad de Madrid, se dedicara, como él mismo dijo en donosa autobiografía, a imitar a Tirabeque: esto es, que tiró los libros y se metió a predicador. En *La Crónica*, *El Progreso*, *La Época*, el *Heraldo*, *El Imparcial*, *El Gráfico* y *El Mundo*, algunos de los cuales dirigió con extraordinario acierto, dejó su ingenio joyas perdurables. En política su actuación fue también brillante.

Ha sido diputado en muchas legislaturas, gobernador civil de Jaén, de Toledo y Granada, director general de Agricultura y Obras públicas y ministro en situaciones liberales. Como ministro de Instrucción pública dio vida a oportunas iniciativas, que redundaron en provecho de la cultura nacional. Sus méritos literarios o intelectuales fueron recompensados justamente con la cruz de Alfonso XII, que le otorgó el conde de Romanones, y cuyas insignias le fueron costeadas por suscripción, a céntimo, entre escritores y artistas, y también con un sillón académico que la Española le ofreció recientemente con oportunidad notoria y aprobación unánime”<sup>5</sup>.

Un tratamiento algo más amplio del luctuoso suceso, si cabe, y sin duda con una redacción más cuidada y con más sentimiento, es el que le concede el *ABC* de Madrid, del día 22 de febrero de 1919, diario en el que se incluye, ya en la portada, una amplia foto de don Julio en su despacho, sobre el epígrafe “Muerte de un ex ministro”, además de una buena crónica, titulada “Julio Burell ha muerto”<sup>6</sup>, aunque en muchas ocasiones el periodista repite datos ya conocidos por

---

como orador, Burell fue la inquietud espiritual, el ansia de lucha y de renovación que se hacían oír, entre la admiración de todos, ya en el artículo que dejaba huella en las almas, ya en el discurso que despertaba tempestades de entusiasmos. Fue, ante todo y sobre todo, Burell un luchador incansable. Su gran amor a la democracia no flaqueó un solo momento: su culto a las ideas se sobrepuso siempre a todos los convencionalismos políticos. Se recordará aquella ocasión memorable, todavía en los comienzos de su carrera política, en que, por no someterse a ciertas exigencias, renunció a su bastón de mando en la provincia de Toledo para volver a empuñar su pluma de periodista y romper una lanza por la justicia. Así era Burell. Tuvo siempre el orgullo de su preclara estirpe periodística, y ni las más altas posiciones políticas le hicieron olvidar los días tristes de la oscura vida de Redacción, los más gloriosos puestos que fueron los de sus triunfos y en que mejor vivió su pensamiento con amplia libertad”, *La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p. 3.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> Recordamos aquí algunos de los fragmentos más significativos de este texto, sin firma, pero que bien pudiera ser obra de Cristóbal de Castro, titulado *Julio Burell ha muerto*: “¡Con qué sincera pena acabamos de escribir el epígrafe: la pluma parecía resistirse a trazar la última palabra! Todo ha sido inútil: desvelos y recursos los más solícitos de la ciencia, cuidados insuperables del cariño, la misma esperanza en la naturaleza del enfermo; bien que estaba minada por otras enfermedades



otros medios, sin duda algo obvio, puesto que el tema y el momento son iguales para ambos diarios. La esquila funeraria, que inserta también el *ABC* en las páginas finales del mismo número, resulta ser también una buena fuente de información; así, sabemos que se le califica de Excelentísimo e Ilustrísimo y que se le define como: “Escritor, ex ministro de la Gobernación y de Instrucción Pública, consejero de Estado, diputado a Cortes, miembro de la Real Academia Española, gran cruz de la Orden de Alfonso XII y de Isabel la Católica, de Villaviciosa de Portugal”<sup>7</sup>, etc., y que tenía sólo sesenta años en el momento de la defunción, lo que hace que se convierta el sepelio, según *La Correspondencia*, en “una grandiosa manifestación de duelo” (*La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p. 3). El mismo diario nos informa de que algunas de las coronas que acompañaron el féretro procedían de “la Asociación de Escritores y Artistas, de la Asociación de la Prensa, de la condesa de Pardo Bazán, del Ayuntamiento de Linares y del Cuerpo de archiveros” (*Ibidem*). *ABC* menciona, entre otras coronas, la que le envía D. Cristóbal de Castro. Se añade en *La Correspondencia*

---

recientes, y acaso era un efecto engañoso de su espíritu grande lo que tomábamos por fortaleza física. Sobre el cadáver de Burell caerán muchas lágrimas, y de seguro no cruzará un solo recuerdo de malquerencia. Si los muertos oyen, su alma escuchará como pocas el rendimiento unánime de elogio y duelo de su memoria. Con sus restos se entierra uno de los últimos jirones de la España romántica; de la legión de intelectuales y de hombres de acción forjados en la pelea política, tan varia, tan ardiente y tan emotiva de los primeros años de la Restauración. Fue eso antes que nada: un luchador, un adalid, una gran mentalidad y una pluma egregia, consagradas a la evolución política. Nació el 59 en Iznájar (Córdoba), y a los diez y seis años ya rondaba en las controversias del viejo Ateneo, señalándose como un polemista vigoroso. Comenzaba a profundizar en el estudio del castellano, y no tardó en ser un hablista. Su estilo era de una galanura y de una brillantez singulares; improvisaba su prosa —a veces al correr del lápiz, minutos antes de la tirada, sobre un chibalete de la imprenta—, y parecía el texto forjado y pulido en largos espacios y fruto maduro de sostenida meditación. [...] Ya en *El Progreso* descolló, y era un jovenzuelo, y había de codearse con hombres de la talla de Solís, Eusebio Blasco, Rafael Comenge, Rafael Gracia y otros escritores políticos bien curtidos y afamados. Su nombre quedó allí consagrado, y la consagración fue sancionada por la masa de pública en *El Heraldo*, en el *Nuevo Heraldo*, en *El Imparcial*, etc. Su último período fue en la dirección de *El Mundo*, al fundarse este diario; pero fue fugaz. Algunos de sus artículos hicieron famosos; no pocos fueron de efecto político. Cánovas, Martos, Silvela le profesaban efusiva admiración, y el primero trató de atraérselo. Había ido evolucionando Burell, como tantos otros de su época, de la República a la Monarquía; pero no quiso rebasar el campo liberal. Poco después alcanzó la representación en Cortes, que apenas si dejó unos meses para ser gobernador de Jaén, y siguió ostentando la de algún distrito de aquella provincia. Su gran entendimiento le hacía acreedor a los altos cargos. Canalejas le llevó por dos veces a la Dirección de Obras, a la de Agricultura, y, al cabo, en 1910, a los Consejos de la Corona. Excepto un brevísimo período que desempeñó la de Gobernación, su cartera fue la de Instrucción pública: tres veces ha sido el titular. Y en este departamento realizó una labor de entusiasta fomento por el profesorado y el Magisterio. A él se debe la creación de algunos Centros nuevos; y si se le pudo acusar en alguna fundación de apresurado, bien pudo él replicar que, fiándolo todo a la espera de hacerlo perfecto, los años pasaron sin que nada nuevo se hiciera en España. [...]”, *ABC* (Madrid), 22 de febrero de 1919, p.16.

<sup>7</sup> La transcripción completa dice así: “El Excmo. e Ilmo. Señor Don Julio Burell y Cuellar, escritor, ex ministro de la Gobernación y de Instrucción Pública, consejero de Estado, diputado a Cortes, miembro de la Real Academia Española, gran cruz de la Orden de Alfonso XII y de Isabel la Católica, de Villaviciosa de Portugal, etc., etc., ha fallecido el 21 de febrero de 1919, a los sesenta años, habiendo recibido los Santos Sacramentos. R.I.P. Su desconsolada viuda, la excelentísima señora condesa de Torre-Mata; hijos, hijo político, hermana, madre política, hermanos políticos, primos, sobrinos y demás parientes, ruegan a sus amigos se sirvan encomendarlo a Dios y asistir a la conducción del cadáver, que tendrá lugar hoy, 22 del corriente, a las tres de la tarde, desde la casa mortuoria, Serrano, 35, al cementerio de la Almudena. Durante toda la mañana se dirán misas en la capilla ardiente. No se reparten esquelas. El duelo se despide en el sitio de costumbre”, *ABC*, 22 de febrero de 1919, p.36.

que la representación del ayuntamiento de Linares iba solemnemente acompañada por el estandarte de la ciudad y los maceros.

Finalmente, estos periódicos insertan la noticia del entierro, en el caso de *ABC* con una gran fotografía que ocupa toda la portada, y con la relación de los asistentes, entre los que nos interesa resaltar a Ortega y Gasset, Alcalá Zamora y Romero de Torres, entre muchos otros (según *La Correspondencia*). *ABC* señala en un breve suelto que en Linares, “en señal de duelo han cerrado sus puertas los casinos, tiendas y teatros”, puesto que el difunto proporcionó a esta ciudad andaluza “beneficios inmensos”.

Con todo, resulta un tanto extraño, desde nuestra perspectiva actual, el silencio ante la desaparición de Burell que mantienen algunas de las figuras más cualificadas de la literatura de la época, como pueden ser los casos de Baroja, Azorín o Valle-Inclán, aunque también pudiera pensarse que nuestra documentación es bastante incompleta al respecto. Sin embargo, Burell no ahorró en su momento elogios a los jóvenes escritores de principios de siglo, en un artículo de *El Imparcial* (1902), donde podemos leer:

Valle Inclán labora y alienta y refina su *Sonata de otoño*, como el antiguo artífice repujara trípticos y custodias y cálices maravillosos, y mientras Martínez Ruiz hace con las palabras y con los pensamientos nuevos algo de lo que el Greco hacía con los colores: una fiesta de luz, una fantástica fiesta, y Pío Baroja copia de Rembrant el arte de combinar una sombra con otra sombra<sup>8</sup>.

En el resto del artículo, tras mencionar a Eduardo Marquina, Manuel Bueno y Ramiro de Maeztu, Burell ensalzaba las dotes literarias de su paisano y amigo Cristóbal de Castro<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Julio Burell, “Escritores jóvenes. Noticia de un libro”, *Los lunes de El Imparcial*, 17 de marzo de 1902, p. 4. El libro al que se refiere Burell en este artículo es el primero de Cristóbal de Castro, titulado *Las niñas del registrador*.

<sup>9</sup> “Cristóbal de Castro —mi paisano y mi amigo— deja sobre la mesa de redacción sus cuartillas de periodista y, pidiendo luz y calor y flores y alma y vida a nuestra tierra, ofrécenos gentilísimo ejemplar de novela andaluza con su último libro *Las niñas del Registrador*... Cada uno de estos jóvenes escritores merece en verdad “capítulo aparte”, mas por hoy, quiero que la mención de Cristóbal de Castro sea especial y de momento, ya que su novela acaba de aparecer, y el hablar mañana conformaríase mal con la oportunidad periodística. Este escritor joven ¿es en realidad un novelista? Educado en el periodismo, viviendo la intensa vida madrileña, ayer en la Universidad, después en los cafés, en los “saloncitos”, en las redacciones, en el salón de conferencias, en el Ateneo, Cristóbal de Castro es uno de tantos como piqueta en mano entran en el mundo: generalmente no es el mismo manejo el de la piqueta que el de la pluma: pero en este caso es bien cierto que Castro manéjala con brío para la brecha, con primor para el arte; puede, sin embargo, un periodista escribir muy literariamente, y aun puede ser un inspirado y tierno y original poeta como Castro, y no penetrar el “misterio” del arte novelesco o dramático. Somos muchos los escritores que, dominando la palabra sin gran esfuerzo y aun con algún estilo, no escribimos novelas ni dramas, porque no acertamos con lo uno, ni tenemos para lo otro habilidad propicia. Es un secreto poseído por muchos que no son “escritores”; pero cuando lo alcanzan, miel sobre hojuelas. Tal es el caso de Cristóbal de Castro, francamente presentado con *Las niñas del Registrador*. Sin duda alguna, en este periodista y poeta, que escribe artículos con vistas a la sociología, y crónicas relampagueantes con vistas al modernismo cosmopolita, y odas y canciones con vistas a todos los entusiasmos y a todos los dolores, hay un novelista delicado, sutil, pintoresco, lleno de verbo, duro de corazón, explorador de parajes interiores, de aquellos estados de alma que, según Amiel, alegran

La relación de amistad, e incluso de favores personales, que existe entre el iznajeño y muchos de los escritores que prestigian el panorama literario a comienzos de siglo, da como resultado el elogio y la presencia del mismo, explícita o velada, en algunas creaciones artísticas de la época. De esta forma, Azorín se refiere a él de forma cariñosa en su obra *Un discurso de La Cierva* (1914): “La Cierva profesa a Julio Burell un verdadero afecto. (Todos queremos en el Parlamento a este hombre tan generoso y romántico<sup>10</sup>, dotado de tan sugestionadora atracción personal)”<sup>11</sup>. Del interés de Burell por los artículos de Azorín tenemos el testimonio de éste último, en el tardío volumen de memorias titulado *Madrid* (1941), en el momento en que evoca las redacciones de los

el campo o lo entristecen... Yo no “hago crítica”: traduzco una impresión; y traduciéndola digo que leyendo *Las niñas del Registrador* he creído que aquella manera pictórica e imaginativa de *La Pródiga* y *El Niño de la Bola*, juntamente con su fuerza jugosa y su celeste alegría y su verdor de tierra lúbrica, no se han perdido para siempre... Claro está que *Las niñas del Registrador* es un esbozo, un apunte, pero en la intensidad dramática, en la amenidad de la descripción flexible y articulada, en el estudio pronto y nervioso del matiz, en la ondulación del dolor que no acaba de ser trágico, pero que va en aquellas almas clavado como saeta invisible para toda la vida, yo hallo todos los elementos necesarios para definir a Castro como un discípulo de Alarcón... Esto es ya bastante. Él nos dirá con una novela completa si con sus años y su talento y su entusiasmo artístico aspira a formarse una personalidad propia”, *loc. cit.*

<sup>10</sup> Azorín habla, como suele hacer habitualmente, con conocimiento de causa, al calificar a Burell de “romántico”. Tengamos en cuenta que el romanticismo tardío en España tiene a sus mejores representantes en autores de la importancia de Bécquer y Zorrilla: el fondo de muchos textos de Burell es marcadamente becqueriano, como el poema que insertamos en el apéndice de esta aportación. Además, el periodista se interesa por autores extranjeros que se pueden incluir dentro de esta tendencia, como el italiano Lorenzo Stecchetti, pseudónimo de Olindo Guerrini (1845-1916), de cuya obra *Póstuma* hizo una traducción al español J. Jurado de la Parra (1898), que lleva prólogo de Julio Burell (El mismo texto se incluye más tarde en el artículo de Burell, “Letras italianas. Lorenzo Stecchetti”, *Cervantes*, 5, diciembre de 1916, pp. 12-21; también fue recogido en la edición de sus artículos: *Artículos de Julio Burell. Homenaje de la Asociación de la Prensa de Madrid*, pról. José Francos Rodríguez, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1925, pp.107-116). En estas páginas introductorias a *Póstuma*, el iznajeño se manifiesta buen conocedor de la literatura europea y de este italiano, ahora bastante olvidado; del que recuerda fragmentos originales y traducidos, e inserta en su aportación algún poema que nos parece de notable calidad, texto que nos sugiere similares aportaciones del Quevedo amoroso (“Cerrar podrá mis ojos la postrera”, etc., que a veces se titula “Amor constante más allá de la muerte”) y que podría preludiar el sentido poema “Vida-garfio” (“Amante: no me lleves, si muero, al camposanto”), de Juana de Ibarbourou. El poema al que nos referimos dice así, en traducción de Jurado de la Parra:

Ya pronto moriré. ¡Tal vez mañana!  
¡Mi hora se acerca, todo ha concluido!  
Se abre a mis pies la fosa y el tañido  
se escucha ya de fúnebre campana.  
La primavera tornará lozana.  
La golondrina volverá a su nido...  
¡Yo también volveré, mas convertido  
de mi tumba en la pobre mejorana!  
¡Ve por ella! Tu amado te convida.  
Ve y arranca, mujer, los tallos esos  
de la yerba que fue tu preferida...  
Bésalos. ¡Son mi sangre! y a tus besos  
sentiré –como al dármeles en vida–  
temblar de amor mis descarnados huesos!

<sup>11</sup> Azorín, *Un discurso de La Cierva, Obras completas*, Madrid, Caro Raggio, 1921, tomo XIV, p. 91. En el volumen aparecen muchas otras menciones del personaje en cuestión, sobre todo de su actuación como parlamentario.

periódicos de comienzos de siglo: “Cuando van llegando a la Redacción mis artículos, escritos con lápiz, [se refiere a los artículos que integrarían luego su libro *La ruta de Don Quijote*] escritos como Saavedra Fajardo nos cuenta que escribió sus *Empresas*, en las posadas y en los caminos; cuando llegan a la Redacción mis artículos, digo, Julio Burell los lee en voz alta y enfática ante los redactores. La entonación altisonante contrasta infelizmente con mi prosa menuda, detallista, hecha con pinceladas breves. Y toda la Redacción acoge la lectura con protestas y risas”<sup>12</sup>.

En esta misma línea de reconocimiento y recuerdo bienintencionado, creemos que existe cierto homenaje al periodista y político que nos ocupa en la identificación que se ha planteado en diversas ocasiones entre Burell y el Ministro de la Gobernación, don Paco, incluido en el famoso esperpento *Luces de Bohemia*, de don Ramón María del Valle-Inclán, donde se presenta como un personaje positivo, nostálgico, poeta en su juventud, que ayuda a Max Estrella, conocido *alter ego* de Alejandro Sawa, el cual frecuentaba parecidos círculos culturales a los que solía asistir Burell y al que manifestaba singular estimación profesional, como se constata en la última obra de Sawa, *Iluminaciones en la sombra* (1910).

Organicemos, para mayor claridad, los datos que se tienen al respecto. Para la fecha de desaparición del periodista y político iznajeño, el escritor gallego estaría pergeñando o escribiendo este esperpento, que aparecería por primera vez, como se sabe, al año siguiente de la muerte de Burell, es decir, entre julio y octubre de 1920<sup>13</sup>, en la revista *España*, aunque la redacción definitiva de la pieza se publicaría varios años después, en 1924, con el añadido de algunas escenas.

La identificación mencionada entre el ministro del esperpento de Valle y Julio Burell se debe al académico Alonso Zamora Vicente, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, que tuvo lugar el 28 de mayo de 1967, y que luego daría origen a una ampliación concretada en un libro muy consultado<sup>14</sup>. En el discurso escribe: “La minoría lectora, el público en que piensa Valle Inclán, reconoce al Ministro de *Luces de bohemia*. Se trata de Julio Burell, periodista amigo de los intelectuales, el que nombró a Valle Inclán profesor de Estética de la Escuela de Bellas Artes, en 1916. Burell fue ministro de la Gobernación en 1917, de abril a junio, en que, bajo del Gobierno de Dato, le sucedió en el Departamento Sánchez Guerra. Volvió a ser Ministro de Instrucción Pública en noviembre de 1918, también muy fugazmente. (Ya no lo es en enero de 1919). Se trata, pues, de una de esas sombras que pueblan la trágica mojiganga. Pero su trato con los escritores, sus favores a varios de ellos, su acusada personalidad de hombre de letras en un sentido general, vocación arrinconada quizá por la política, se ve bien palpablemente en el personaje del esperpento. Sobre todo

<sup>12</sup> Azorín, *Madrid. Obras escogidas*, coord. Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Espasa Calpe, 1998, tomo III, pp. 938-939. Entre otros recuerdos azorinianos referidos a Burell, podemos incluir el artículo que le dedica en ABC, de 1951, ahora reproducido en Manuel Galeote, *Los artículos de Julio Burell*, Iznájar, Letras de la Subbética, 2008, pp. LIX-LXI.

<sup>13</sup> Correspondiente a la fecha de 1920: “31 de julio al 23 de octubre, primera versión de *Luces de Bohemia*, en la revista *España*. Consta de XII escenas”, Juan Antonio Hormigón, *Valle Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, p. 54. En 1924: “*Luces de Bohemia*, segunda versión y definitiva, editada por *Cervantes*. Contiene tres nuevas escenas y múltiples interpolaciones”, *Ibidem*, p. 60.

<sup>14</sup> Alonso Zamora Vicente, *La realidad esperpéntica*, Madrid, Gredos, 1969; una aplicación didáctica de este libro es del de Carlos Álvarez Sánchez, *Sondeo en “Luces de bohemia”, primer esperpento de Valle Inclán*, Sevilla, Universidad, 1976; para el personaje del Ministro, cfr. p. 45.

eso: el contraste entre una vocación y una forma de vida más brillante, pero quizá envuelta en sutiles purpurinas”<sup>15</sup>.

Por nuestra parte, hemos intentado establecer ciertas relaciones de los hermanos Sawa (tanto Alejandro como Miguel) con Burell, puesto que todos ellos, como intelectuales de la época que son y figuras relevantes en el campo de la creación y del periodismo, tuvieron que coincidir en múltiples ocasiones. A este respecto, puede rastrearse cierta documentación más o menos fidedigna en las publicaciones donde todos colaboraron.

Así, por ejemplo, en el periódico *Don Quijote*, dirigido por Miguel Sawa, se hace mención del ya famoso periodista con motivo de algún descalabro electoral, entre grandes elogios personales, “Julio Burell, periodista distinguidísimo, escritor de valía, enérgico defensor de los fusionistas, candidato del gobierno, ha sido ignominiosamente derrotado en La Cañiza”, se dice en *Don Quijote*<sup>16</sup>, correspondiente al 12 de marzo de 1893. En la misma publicación, y con motivo de la muerte de don Manuel Ruiz Zorrilla, que había sido presidente del consejo de ministros en 1873, *Don Quijote* (junio de 1895), se incluye en artículo de don Julio<sup>17</sup>, sobre el citado político, texto que había aparecido antes en *El Heraldo* de Madrid.

Por otra parte, la relación entre Alejandro Sawa y Burell, aparece recordada por Azorín en uno de sus primeros libros, *Charivari* (1897), en la anécdota siguiente:

Alejandro Sawa me parece un *fat* —lo digo en francés porque él finge que se le ha olvidado el castellano, hasta el punto de que continuamente está haciendo esfuerzos por encontrar una palabra. Refiriéndose a un artículo que ha publicado en el *Heraldo* —desatinado e incongruente hasta lo inverosímil— decía esta tarde:

—Ayer vi a Burell por la calle y me dijo: *He leído eso. ¡Así se escribe, maestro!*

Sawa quiere ser aquí una especie de Moréas, Jean Moréas, el espléndido poeta”<sup>18</sup>.

Finalmente el desgraciado Sawa lo recuerda, con rasgos marcadamente positivos, en uno de los apartados que componen sus especiales memorias, en la serie titulada “De mi iconografía”, perteneciente al libro póstumo *Iluminaciones en la sombra* (1910), una especie de dietario sentimental y estético, que se inicia a comienzos de 1901, donde escribe tras la indicación “Julio Burell”:

Ése, a pesar de su edad todavía moza, es el gran Condestable de la Prensa española. Yo lo veo a jineta sobre un potro jerezano, aplastar las lindes de los arrayanes malos y feos que eran la gloria del antiguo periodismo, y luego, enhiesto sobre los estribos, señalar como una estatua ecuestre,

<sup>15</sup> Alonso Zamora Vicente, “Asedio a *Luces de bohemia*. Primer esperpento de Ramón del Valle Inclán”, disponible *on line* en [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com) [pp. 29- 30].

<sup>16</sup> *Don Quijote*, 12 de marzo de 1893, p.3.

<sup>17</sup> *Don Quijote*, 21 de junio de 1895, p. 1.

<sup>18</sup> Azorín, *Charivari, Obras escogidas, Ensayos*, coord. Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Espasa Calpe, 1998, vol. II, p. 148.

plantado en mitad del intelectualismo verbal, la orientación definitiva de todos. Pienso en el gran escritor que es. Pienso en el gran hombre mundano que es, en nuestra vida corta, en nuestro pasado lleno de lodos aseados por vanaglorias, en nuestro porvenir brumoso...

Julio Burell, es, en nuestro lóbrego episodio de ahora, el gran festejador, el gran anfitrión de gestos y vocablos. Yo me figuro que él lo sabe todo, y, por consiguiente, que él lo teme y lo espera todo.

¡Deber más rudimentario que el de exclamar “¡Gracias!” ante los faustos mentales a que nos convida!<sup>19</sup>.

También tenemos conocimiento de una carta de Burell a Sawa, de fecha 8 de febrero de 1908, respuesta a otra en la que el desgraciado bohemio le haría una petición de dinero o de ayuda, concebida en los siguientes términos:

Querido Sawa:

Me conmueve profundamente la carta de V. y ella me da ocasión no sólo de recordar nuestra amistad larga y cariñosa, sino de reiterársela con la emoción y la sinceridad de los viejos y gloriosos tiempos. Me causa gran dolor la noticia de su ceguera, mas advierto por lo que escribe en los periódicos que la luz de su inteligencia es siempre cariñosa y viva. Esté V. seguro de que en eso que llama mi consagración no faltaría para el amigo queridísimo, el compañero insigne, algo que de corazón compartiría con V. su fraternal admirador.

---

<sup>19</sup> Alejandro Sawa, *Iluminaciones en la sombra*, pról. Rubén Darío, Madrid, Renacimiento, 1910, p.133 y ss. En la edición de Iris M. Zavala, de la misma obra (Madrid, Alhambra, 1977, p. 149), se acepta la identificación entre el ministro y Burell que propuso Zamora Vicente. Por otra parte, se puede recordar en este contexto que también Cristóbal de Castro añadió una breve semblanza de Sawa, al comienzo de la novela *Noche*, resumida en el número homenaje de *La Novela Corta*, correspondiente al 3 de agosto de 1918, donde escribe Castro: “Años después, Alejandro Sawa, enfermo, casi ciego y casi olvidado, vagaba dignamente por los cafés con una altanería heroica. Su hermosa indiferencia por las más bajas realidades le impulsaba a una lamentable vida de pobreza estoica. Incapaz de adular y aun de sonreír a los políticos, fiero y público denostador de los editores, admirable desdeñador de las intrigas periodísticas, pasaba, con su pipa y su perro, como una sombra, trágicamente pintoresca. Había conjurado a la Fama con su primer libro *Un crimen legal*, y, olvidados, por mustios, sus laureles, no le quedaba ya más blasón que la huella invisible de aquel beso de Paul Verlaine. La muerte vino a liberarle de tan triste vida. Y una tarde, seguido de pocos fieles, descendió al sepulcro, dejando en su obra póstuma, *Iluminaciones en la sombra*, el eco perdurable de tanta y tan injusta afrenta. Por su romanticismo hidalgo, por sus desventuras, por la genialidad de su espíritu selecto, Alejandro Sawa merece una buena memoria de las letras contemporáneas. Al dedicarle este homenaje, sentimos la satisfacción del deber cumplido”. Sobre Alejandro Sawa y su contexto histórico y vital es fundamental ahora el espléndido libro de Amelina Correa, *Alejandro Sawa, luces de bohemia*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008. No obstante, en este libro no se sigue la identificación que sugerimos entre el Ministro de *Luces de bohemia* y Julio Burell y que se suele mantener en la mayor parte de los estudios consultados al respecto. Para la profesora Amelina Correa, tras el personaje del esperpéntico ministro, se encuentra en realidad la del ministro de Marina, el gaditano José María Berenguer y Ruiz de Apodaca, que en alguna ocasión prestó ayuda efectiva al infortunado Sawa (p. 205). Por este libro sabemos también que Alejandro Sawa tenía una hermana, llamada Esperanza (p. 259), que podría haber sido, si no es rizar el rizo demasiado, aquella juvenil novia del Ministro de *Luces de bohemia*, a la que éste dedicaba sus versos de amor.

Julio Burell<sup>20</sup>.

Establecida, pues, la que consideramos segura relación y amistad “larga y cariñosa” (así se lee en la carta) entre Alejandro Sawa y Julio Burell, procederemos a determinar la presencia del Ministro de la Gobernación, don Paco, en el esperpento de Valle Inclán, teniendo en cuenta que la degradación estética a que somete al personaje; deja ver, sin embargo, en el fondo de la caricatura, algunos rasgos que convienen a la persona real que estudiamos.

El Ministro está presente, sobre todo, en dos escenas de la obra (la quinta y la octava); en una de ellas como referente de los comentarios de varios personajes, en la otra como presencia explícita que tiende su mano al desgraciado Max Estrella, al mismo tiempo que recuerda el agrisado tiempo pasado, en el que se mezclaba la pobreza con el amor y la poesía.

De entrada, podemos señalar que Burell, como sucede con el esperpéntico Ministro fue durante algunos meses ministro de Gobernación (desde el 20 de abril de 1917 hasta el 11 de junio de 1917, bajo la presidencia de D. Manuel García Prieto), aunque ejerció otros cargos políticos durante más tiempo y con más efectividad, sobre todo cuando fue ministro de Instrucción Pública y tuvo ocasión de mostrarse muy sensible ante la función de la mujer en la educación, nombrando catedrático de la Universidad Central de Madrid a doña Emilia Pardo Bazán, (recordemos que ésta manda una corona a su entierro), y también nombró a Valle Inclán profesor de estética (1916)<sup>21</sup>. Esto también podría considerarse un motivo adicional para que el genial dramaturgo recordase el favor personal incluyendo al ministro Burell con rasgos que no nos parecen negativos, aunque obviamente deformados por el cristal cóncavo o convexo (del esperpento) a través del cual nos presenta a sus criaturas.

En la escena quinta de *Luces de bohemia*, la acción se sitúa en el “zaguán en el Ministerio de la Gobernación”<sup>22</sup>, adonde llega Max Estrella, acompañado de don Latino, puesto que el poeta ha sido detenido por alteración del orden en la vía pública. Allí es recibido por el delegado de Gobernación, don Serafín, o Serafín el Bonito, según lo ha motejado el sentir popular. Este mote será motivo de que el personaje se enfurezca cuando Max la designa con él, al mismo tiempo que se hace referencia al ministro, del que dice el poeta bohemio que es amigo:

<sup>20</sup> Apud Allen Phillips, *Alejandro Sawa, mito y realidad*, Madrid, Turner, 1976, pp. 262-263.

<sup>21</sup> “Real orden [18 de julio de 1916] por la que se nombra a Valle Inclán profesor especial de Estética de las Bellas Artes, en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid. Sus clases duran un corto período”, Juan Antonio Hormigón, *Valle Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario*, op. cit., p. 52. Entre el 9 de diciembre de 1915 y el 4 de abril de 1917, bajo la presidencia de D. Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, Julio Burell ocupó el cargo de Ministro de Instrucción Pública, cfr. la página web: “(1902-1923) Governants d’Alfons XII”, en “Base documental d’Historia Contemporània de Catalunya.” El nombramiento aparece gratamente acogido por algunos compañeros del periodismo y de las letras; así, por ejemplo, escribe Luis Antón del Olmet: “Valle Inclán ha sido nombrado catedrático de Estética, lo cual es justo y hace honor al ministro que firmó el decreto”, “Cartas a mis lares”, *Blanco y Negro*, 30 de julio de 1916; en el mismo artículo Antón del Olmet se hace eco del proyecto de creación de un amplio número de escuelas, algo que también se debe a Burell: “D. Julio Burell ha ofrecido la creación rapidísima de 5.000 escuelas”.

<sup>22</sup> Ramón del Valle-Inclán, *Luces de bohemia. Esperpento*, ed. Alonso Zamora Vicente, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, p. 84. Las restantes referencias a esta edición se indican en el cuerpo del texto mediante la mención de la página correspondiente.

MAX: ¡Ya se guardará usted del intento! [se refiere al hecho de abofetearlo]  
¡Soy el primer poeta de España! ¡Tengo influencia en todos los periódicos!  
¡Conozco al Ministro! ¡Hemos sido compañeros!  
SERAFÍN EL BONITO: El Señor Ministro no es un golfo.  
MAX: Usted desconoce la Historia Moderna.  
SERAFÍN EL BONITO: ¡En mi presencia no se ofende a Don Paco! Eso no lo tolero. ¡Sepa usted que Don Paco es mi padre!  
MAX: No lo creo. Permítame usted que se lo pregunte por teléfono.  
SERAFÍN EL BONITO: Se lo va usted a preguntar desde el calabozo.  
DON LATINO: Señor Inspector, ¡tenga usted alguna consideración! ¡Se trata de una gloria nacional! ¡El Víctor Hugo de España!  
SERAFÍN EL BONITO: Cállese usted (p. 86).

El resultado es que Max Estrella dormirá esa noche en la cárcel, donde tiene lugar la importante entrevista, a efectos de concienciación social, con el preso anarquista. Posteriormente, ya en la escena octava, básica para la comprensión del personaje que estudiamos y su reflejo literario, la acción se traslada a la secretaría particular del Ministro, definida aquí por el “olor de brevas habanas, malos cuadros, lujo aparente y provinciano” (p. 103), donde encontramos a Dieguito García o don Diego del Corral como secretario de don Paco en tanto que habla por teléfono. Mediante esa conversación sabemos que Max ha sido puesto en libertad, aunque no podrá indemnizar de ninguna manera al susodicho. Entonces Max se presenta de improviso en el despacho del ministro y exige verlo, recurriendo para ello a la antigua amistad que los une:

MAX: No discutamos. Quiero que el Ministro me oiga, y al mismo tiempo darle las gracias por mi libertad.  
DIEGUITO: El Señor Ministro no sabe nada.  
MAX: Lo sabrá por mí.  
DIEGUITO: El Señor Ministro ahora trabaja. Sin embargo, voy a entrar.  
MAX: Y yo con usted.  
DIEGUITO: ¡Imposible!  
MAX: ¡Daré un escándalo!  
DIEGUITO: ¡Está usted loco!  
MAX: Loco de verme desconocido y negado. El Ministro es amigo mío, amigo de los tiempos heroicos. ¡Quiero oírle decir que no me conoce! ¡Paco! ¡Paco!  
DIEGUITO: Le anunciaré a usted.  
MAX: Yo me basto. ¡Paco! ¡Paco! ¡Soy un espectro del pasado! (p. 105).

Y es en ese momento cuando entra en escena su excelencia, “*en mangas de camisa, la bragueta desabrochada, el chaleco suelto, y los quevedos pendientes de un cordón, como dos ojos absurdos bailándole sobre la panza*” (p. 105), rasgos claramente degradantes, como corresponde al esperpento valleinclanesco. Y el ministro reconoce al antiguo amigo, ahora ciego, ceguera



provocada por la sífilis (“un regalo de Venus”) o de cualquier otra enfermedad de índole sexual, según se desprende del diálogo entre ambos.

MAX: ¡Un amigo de los tiempos heroicos! ¡No me reconoces, Paco! ¡Tanto me ha cambiado la vida! ¡No me reconoces! ¡Soy Máximo Estrella!

EL MINISTRO: ¡Claro! ¡Claro! ¡Claro! ¿Pero estás ciego?

MAX: Como Homero y como Belisario.

EL MINISTRO: Una ceguera accidental, supongo...

MAX: Definitiva e irrevocable. Es el regalo de Venus.

EL MINISTRO: Válgate Dios. ¿Y cómo no te has acordado de venir a verme antes de ahora? Apenas leo tu firma en los periódicos.

MAX: ¡Vivo olvidado! Tú has sido un vidente dejando las letras por hacernos felices gobernando. Paco, las letras no dan para comer. ¡Las letras son colorín, pingajo y hambre!

EL MINISTRO: Las letras, ciertamente, no tienen la consideración que debieran, pero son ya un valor que se cotiza. Amigo Max, yo voy a continuar trabajando. A este pollo le dejas una nota de lo que deseas... Llegas ya un poco tarde.

MAX: Llego en mi hora. No vengo a pedir nada. Vengo a exigir una satisfacción y un castigo. Soy ciego, me llaman poeta, vivo de hacer versos y vivo miserable. Estás pensando que soy un borracho. ¡Afortunadamente! Si no fuese un borracho ya me hubiera pegado un tiro. ¡Paco, tus sicarios no tienen derecho a escupirme y abofetearme, y vengo a pedir un castigo para esa turba de miserables, y un desagravio a la Diosa Minerva! (pp. 105-106).

Tras informarse de lo sucedido, don Paco recuerda el tiempo feliz antiguo, constatando al mismo tiempo la misérrima situación en la que se encuentra su amigo:

EL MINISTRO: [...] ¡Para ti no pasan los años! ¡Ay, cómo envidio tu eterno buen humor!

MAX: ¡Para mí, siempre es de noche! Hace un año que estoy ciego. Dicto y mi mujer escribe, pero no es posible.

EL MINISTRO: ¿Tu mujer es francesa?

MAX: Una santa del Cielo, que escribe el español con una ortografía del Infierno. Tengo que dictarle letra por letra. Las ideas se me desvanecen. ¡Un tormento! Si hubiera pan en mi casa, maldito si me apenaba la ceguera. El ciego se entera mejor de las cosas del mundo, los ojos son unos ilusionados embusteros. ¡Adiós, Paco! Conste que no he venido a pedirte ningún favor. Max Estrella no es el pobrete molesto.

EL MINISTRO: Espera, no te vayas, Máximo. Ya que has venido, hablemos. Tú resucitas toda una época de mi vida, acaso la mejor. ¡Qué lejana! Estudiábamos juntos. Vivíais en la calle del Recuerdo. Tenías una hermana. De tu hermana anduve yo enamorado. ¡Por ella hice versos!

MAX: ¡Calle del Recuerdo,

ventana de Helena,

la niña morena

que asomada vi!

¡Calle del Recuerdo

rondalla de tuna,  
y escala de luna  
que en ella prendí!  
EL MINISTRO: ¡Qué memoria la tuya! ¡Me dejas maravillado! ¿Qué fue de tu hermana?  
MAX: Entró en un convento (pp. 107-108).

Uno de los aspectos más significativos de este ministro esperpéntico quizá sea el recuerdo de sus versos de juventud, aunque es frecuente que en esa etapa de la vida se escriban poemas de amor, de no mucha calidad, como los versos de rondalla que recuerda don Paco. Pero lo curioso es que esta cualidad lírica se aprecia también en la personalidad de Julio Burell, aunque esta faceta haya sido poco divulgada en beneficio de sus aportaciones en el campo de la política, del periodismo y del artículo literario. De su afición por la poesía dan fe, por ejemplo, el proyecto de publicar un libro en su juventud, como refiere *La Correspondencia de España*, en 1879: “el joven poeta D. Julio Burell publicará pronto un tomo de composiciones originales”<sup>23</sup>, además de algún poema<sup>24</sup> de la misma época, composición romántica y juvenil, como de alguien que aún no había cumplido los veinte años.

A continuación, de vuelta a la escena octava del esperpento, el ministro quiere ayudar a su amigo, para lo que le indica que le conseguirá una especie de subvención, una paga que le permitirá mantenerse. Pero irónicamente, el dinero de ese hipotético sueldo saldrá del fondo económico de la policía, de la misma entidad que ha provocado, por maltrato, la queja de Max Estrella:

EL MINISTRO: ¡No has cambiado!... Max, yo no quiero herir tu delicadeza, pero en tanto dure aquí, puedo darte un sueldo.

MAX: ¡Gracias!

EL MINISTRO: ¿Aceptas?

MAX: ¡Qué remedio!

EL MINISTRO: Tome usted nota, Dieguito. ¿Dónde vives, Max?

MAX: Dispóngase usted a escribir largo, joven maestro: —Bastardillos, veintitrés, duplicado, Escalera interior, Guardilla B—. Nota. Si en este laberinto hiciese falta un hilo para guiarse, no se le pida a la portera, porque

---

<sup>23</sup> *La Correspondencia de España*, 19 de febrero de 1879, p. 3; se trata de un sueldo o breve, una noticia escueta en el periódico citado.

<sup>24</sup> Lo incluimos en apéndice, puesto que resulta muy largo para copiarlo aquí; *La Correspondencia de España*, en el que se publica, lleva fecha del 23 de enero de 1879. Vid apéndice. Tenemos noticia de otros poemas del mismo tipo romántico y amoroso. Algún crítico se ocupó, esporádica y brevemente, de las aportaciones poéticas de Burell, aunque nadie, al parecer, se interesó luego por la cuestión. Es lo que deducimos del amplio estudio de José María de Cossío, *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, Espasa Calpe, 1960, vol. II, p. 1350; en la “Nómina incompleta de escritores que publicaron versos durante el período que estudia este libro”, escribe: “BURELL (JULIO). Conocido periodista y hombre público, escribió versos y con su firma les [sic] hay en el *Álbum cervantino* de 1876, y en la *Revista Contemporánea. El Eco de Europa* (Madrid, 1877, página 64) publicó la noticia de que preparaba un libro de versos que había de llamarse *Crepúsculos*”. Efectivamente, en la última página, en el apartado “Variedades”, de *El Eco de Europa. Revista Ilustrada de Ciencias, Literatura y Artes*, núm. 4, 10 de febrero de 1877, p. 64, se habla de un nuevo libro de Narciso Campillo y seguidamente se indica: “También el joven e inspirado poeta andaluz D. Julio Burell, publicará en breve un tomito de poesías con el título de *Crepúsculos*”.

muerde.

EL MINISTRO: ¡Cómo te envidio el humor!

MAX: El mundo es mío, todo me sonrío, soy un hombre sin penas.

EL MINISTRO: ¡Te envidio! MAX:

¡Paco, no seas majadero!

EL MINISTRO: Max, todos los meses te llevarán el haber a tu casa.  
¡Ahora, adiós! ¡Dame un abrazo!

MAX: Toma un dedo, y no te enterezcas.

EL MINISTRO: ¡Adiós, Genio y Desorden!

MAX: Conste que he venido a pedir un desagravio para mi dignidad, y un castigo para unos canallas. Conste que no alcanzo ninguna de las dos cosas, y que me das dinero, y que lo acepto porque soy un canalla. No me estaba permitido irme del mundo sin haber tocado alguna vez el fondo de los Reptiles. ¡Me he ganado los brazos de Su Excelencia!

*MÁXIMO ESTRELLA, con los brazos abiertos en cruz, la cabeza erguida, los ojos parados, trágicos en su ciega quietud, avanza como un fantasma. Su Excelencia, tripudo, repintado, mantecoso, responde con un arranque de cómico viejo, en el buen melodrama francés. Se abrazan los dos. Su Excelencia, al separarse, tiene una lágrima detenida en los párpados. Estrecha la mano del bohemio, y deja en ella algunos billetes”* (pp. 108-109).

La escena concluye con una conversación entre el ministro y su secretario, en la que don Paco recuerda sus años de bohemia y de estrechez, de lo que logró salvarse. Ahora, con la conciencia tranquila por la buena obra realizada (la ayuda a su desgraciado amigo), se duerme plácidamente en la oficina, con un gorro hecho con el periódico oficial (*La Gaceta*):

EL MINISTRO: ¡Querido Dieguito, ahí tiene usted un hombre a quien le ha faltado el resorte de la voluntad! Lo tuvo todo, figura, palabra, gracejo. Su charla cambiaba de colores como las llamas de un ponche.

DIEGUITO: ¡Qué imagen soberbia!

EL MINISTRO: ¡Sin duda, era el que más valía entre los de mi tiempo!

DIEGUITO: Pues véalo usted ahora en medio del arroyo, oliendo a aguardiente, y saludando en francés a las proxenetas.

EL MINISTRO: ¡Veinte años! ¡Una vida! ¡E, inopinadamente, reaparece ese espectro de la bohemia! Yo me salvé del desastre renunciando al goce de hacer versos. Dieguito, usted de esto no sabe nada, porque usted no ha nacido poeta.

DIEGUITO: ¡Lagarto! ¡Lagarto!

EL MINISTRO: ¡Ay, Dieguito, usted no alcanzará nunca lo que son ilusión y bohemia! Usted ha nacido institucionista, usted no es un renegado del mundo del ensueño. ¡Yo, sí!

DIEGUITO: ¿Lo lamenta usted, Don Francisco?

EL MINISTRO: Creo que lo lamento.

DIEGUITO: ¿El Excelentísimo Señor Ministro de la Gobernación, se cambiaría por el poeta Mala-Estrella?

EL MINISTRO: ¡Ya se ha puesto la toga y los vuelillos el Señor Licenciado Don Diego del Corral! Suspenda un momento el interrogatorio su señoría, y vaya pensando cómo se justifican las pesetas que hemos de darle a Máximo Estrella.

DIEGUITO: Las tomaremos de los fondos de Policía.

EL MINISTRO: ¡Eironeia!

*Su Excelencia se hunde en una poltrona, ante la chimenea que aventaja sobre la alfombra una claridad trémula. Enciende un cigarro con sortija, y pide La Gaceta. Cabálgase los lentes, le pasa la vista, se hace un gorro, y se duerme” (pp. 110-111).*

El sueño final del personaje, durante sus horas de trabajo, bien puede ser un reflejo de la realidad, pues también Pío Baroja, en su novela *Camino de perfección* (1902), nos presenta al gobernador civil de Toledo, que es también un *alter ego* de Burrell, como muy aficionado a dormir:

—¡Hombre! —dijo el teniente— tengo un proyecto; vamos al Gobierno civil.

—¿A qué?

—Veremos al gobernador. Es un hombre muy barbián.

Fernando trató de oponerse, pero Arévalo no dio su brazo a torcer. Habían de ir donde decía él o si no se incomodaba.

Se fueron acercando al Gobierno civil. Atravesaron un corredor que daba la vuelta a un patio; subieron por una escalera ruinoso y preguntaron por el gobernador.

No se había levantado aún.

—Sigue madrileño —murmuró el teniente sonriendo.

Podían pasar al despacho; Arévalo hizo algunas consideraciones humorísticas acerca de aquel gobernador refinado, amigo de placeres, gran señor en sus hábitos y costumbres, que dormía a pierna suelta en el enorme y destartado palacio a las tres de la tarde.[...]

El teniente y él se saludaron con afecto, y después Arévalo se lo presentó a Fernando como escritor, sociólogo y pedagogo.

—¿No se ha levantado el gobernador? —preguntó el pedagogo.

—No; todavía, no. Sigue tan madrileño.

—Sí, conserva las costumbres madrileñas. Yo ahora me levanto a las siete. Antes, en Madrid, me levantaba tarde<sup>25</sup>.

Con todo, retengamos los rasgos positivos del ministro valleinclanescos. Esa preocupación social por el pobre, por el necesitado, que hemos visto en esta escena esperpéntica, se observa igualmente en muchos textos periodísticos del iznajeño, de

---

<sup>25</sup> Pío Baroja, *Camino de perfección (Pasión mística)*, Madrid, Caro Raggio, 1920, p. 134-135.

lo que da fe el muy difundido relato alegórico “Jesucristo en Fornos”<sup>26</sup>. Asimismo, en otros textos menos conocidos aparecen los mismos rasgos, como podemos comprobar en el cuento “Periquín y su compañera”, publicado en *La Correspondencia*, a comienzos<sup>27</sup> del año 1892, que en principio parece glosar una noticia real, aparecida en cualquier periódico madrileño (en *La prensa de estos días*, señala una breve nota o entradilla, según la cual “Ayer fue llevada al gobierno civil una niña hambrienta y abandonada”). Periquín es un vendedor de periódicos de cuatro o cinco años, que se ve obligado a ganar el sustento para toda la familia: “mi padre está parado y mi madre”, le confiesa al narrador que parece ser el mismo Burell. Hay además, en parecidas circunstancias, una niña explotada por una mujer que dice ser su tía y que ofrece unos rasgos parecidos a los de Periquín; la niña canta por los colmados madrileños por unas monedas, entonando “una malagueña o canta una petenera en la esquina de Fornos”. Más adelante, se nos dice que “cada esquina sigue apuntalada por un hambriento [...]. Y sobre todo un Periquín en cada calle, un niño abandonado, explotado, escarnecido, son una especie de interrogación sangrienta a que la sociedad y los gobiernos deben contestar satisfactoriamente, siquiera sea por instinto de conservación”.

La moral social no puede permanecer inerte, con los brazos caídos ante estos cuadros de pobreza: “Hay que cuidar del desgraciado, del inocente [...], socorrer al pobre, salvar al niño, no es ser más bueno, peo es sentirse mejor”, concluye.

Esta actitud humanitaria procede la misma raíz que impulsa al ministro don Paco, en el esperpento valleinclanescos, a socorrer al amigo ciego y desvalido, al que la vida ha tratado con tanta dureza. Y aunque no soluciona satisfactoriamente el problema del desgraciado Max Estrella, le dice que le ayudará con algún dinero que, paradójicamente, provendrá del fondo de los reptiles, de la policía, que ha maltratado de palabra y de obra al poeta bohemio. Hay un distanciamiento irónico en el final de la escena, puesto que don Paco, quizás satisfecho por la buena acción que ha realizado, se hace un gorro con el diario que lee y se duerme. La pobreza, la desigualdad social, no tiene solución, pero su conciencia propia aparece un tanto acallada, tranquilizada transitoriamente.

---

<sup>26</sup> Se trata del texto más famoso de Burell, del que nos hemos ocupado en varias ocasiones; puede verse ahora en Antonio Cruz Casado, “Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1859-Madrid, 1919): aproximaciones y textos”, en *Crónica de Córdoba y sus pueblos. XXIV*, ed. Juan Gregorio Nevado, op. cit., pp. 77-82. El relato fue considerado de carácter anarquista, y así se incluye en la antología *Dinamita cerebral. Los cuentos anarquistas más famosos*, Mahón, El Porvenir Obrero, 1913, donde figuran también autores de la talla de Zola, Strindberg, Gorki, Azorín, etc.; también suele ponerse de relieve su fuerte componente bohemio; en este sentido, lo encontramos incluido en el volumen *Cuentos bohemios españoles (Antología)*, ed. Víctor Fuentes, Sevilla, Renacimiento, 45-49, del que nos parece deudor el cuento de Antonio Palomero, “Cristo en la tierra”, *ibid.*, pp. 50-53 (del mismo Burell se incluye otro cuento en la antología de Fuentes: “La dura de la condesa”, *ibid.*, 209-216, que fue publicado en la revista *Germinal*, en 1897). También se incluye a Julio Burell en el libro de José Esteban, *Diccionario de la Bohemia. De Bécquer a Max Estrella (1854-1920)*, Sevilla, Renacimiento, 2017, pp. 137-138; para el fenómeno de la bohemia tienen interés: José Fernando Dicenta, *La santa bohemia*, Madrid, Ediciones del Centro, 1976; José Esteban y Anthony N. Zahareas, *Los proletarios del arte. Introducción a la bohemia*, Madrid, Celeste Ediciones, 1998; Javier Barreiro, *Cruces de bohemia*, Zaragoza, Unaluna, 2001; VVAA., *Andalucía y la bohemia literaria*, ed. Manuel Galeote, Málaga, Arguval, 2001; *Bohemios, raros y olvidados (Actas del Congreso Internacional celebrado en Lucena, Córdoba, del 4 al 7 de Noviembre de 2004)*, coord. y ed., Antonio Cruz Casado, Córdoba, Diputación Provincial / Ayuntamiento de Lucena, 2006; Eduardo Zamacois, *Cortisanas, bohemios, asesinos y fantasmas*, ed. Gonzalo Santonja, Madrid, Fundación Banco Santander, 2014, etc.

<sup>27</sup> *La Correspondencia de España*, el 3 de enero de 1892, p. 1. Las restantes referencias corresponden a la misma página.

Creemos que no es necesario abundar más en la cuestión que nos ocupa referida a la presencia de Julio Burell en el esperpento de Valle por medio de la figura del Ministro de la Gobernación, identificación con frecuencia repetida y aceptada por casi todos los críticos<sup>28</sup> que se han acercado al texto valleinclanesco, considerándolo como una obra en clave. A nosotros nos parece percibir concomitancias indubitables entre ambos entes, el real y el de ficción; incluso puede pensarse que, sin la borrosa presencia del político y periodista iznajeño en la pieza de Valle, su recuerdo quizás estaría más desdibujado y lejano de lo que se encuentra en estos momentos. Con lo que, una vez más, una creación artística, literaria en este caso, sirve para recuperar y actualizar una personalidad relevante que el paso del tiempo había convertido en una estampa desvaída, en un simple nombre casi carente de contenido.

## APÉNDICE

### RECUERDOS (1879)

¡Tú eres mi pensamiento!, me decía;  
¡Tú eres mi vida y mi pasión dichosa!...  
Y su querido acento se perdía  
como una nota henchida de armonía  
de una música eterna y misteriosa.

Entornados los párpados, el rayo  
de su negra pupila no brillaba...

¡Parecía una flor en su desmayo,  
que del candor al paso se inclinaba!

¡Oh divino abandono!

¡Oh divino trasunto de la gloria!...

Todo, hasta su traición, se lo perdono,  
cuando evoco el pasado en mi memoria.

Aún la miro, aún la veo  
llena de fe, de amor, apasionada,  
como mística virgen del deseo,  
como viviente realidad soñada.

Y la veo y la miro, en llanto hirviente  
su pupila arrasada,

prometiéndome amor eternamente.

Y aún allá en mi cerebro arrebatado,  
el último rumor de un juramento

con que vi mi entusiasmo coronado,  
allá, en lo más recóndito, lo siento.

Y la ira en el rostro se me graba

al oír el acento que persigo,

la voz con que traidora me juraba

que *ella* solo mi dicha ambicionaba:

¡Seguir mi suerte y sucumbir conmigo!

---

<sup>28</sup> La constatamos también en otro libro, algo más reciente, de Jesús Rubio Jiménez, *Valle- Inclán, caricaturista moderno. Nueva lectura de Luces de Bohemia*, Madrid, Fundamentos, 2006, p. 139 y ss.

¡Seguir mi suerte! ¡Oh, Dios! ¡Y fue su boca  
la que mintió de esa manera horrenda!...

¡Seguir mi suerte! ¡Cuando falsa o loca  
me ha abandonado al emprender la senda,

las penas compartir de la jornada!

¡Hacer de la pasión fuente de vida!...

¡Cuánta idea, magnífica y soñada,  
por la maldita realidad vencida!

¡En los mares seguirme del destino!...

¡Ah! *Ella* es incapaz de esa grandeza.

¡*Ella*, que me ha dejado en mi camino  
entregado al horror de mi tristeza!

¡*Ella*, que al ver a la fortuna un punto  
apartarse de mí, se aleja impía  
rompiendo aquel idilio, cuyo asunto  
era el inmenso amor que nos unía!

¡*Ella*, que sin conciencia me ha olvidado;  
*ella*, que sin conciencia me ha vendido,  
es incapaz de un rasgo apasionado,  
como de nada grande ni sentido!

.....

¡No tiene corazón! Es débil llama  
su amor que brilla y muere en un momento;  
¡es incapaz de amar como se ama,  
es incapaz de todo sentimiento!

.....

¡*Ella* es fría, ¡muy fría!, su mirada,  
su gesto, su semblante, ¡todo arredra!...

¡Una estatua parece derrocada  
de su gigante pedestal de piedra!

¡Es insensible y falsa y es perjura!

¡*Ella* mi corazón ha emponzoñado  
y ha llenado mi alma de amargura  
y mi frente de sombras ha nublado!

.....

¡Y yo la amé! ¡La amé, como infinita  
y espléndida visión de un cielo eterno!

¡Y *ella* en pago me mata y precipita  
mi amor profundo en horroroso infierno!

.....

¡La quiero maldecir! ¡Y en vano, en vano!  
La maldición en mi garganta muere;  
y con empuje ardiente y soberano  
la vuelvo a amar, ¡mi corazón lo quiere!

¡Yo espero aún! Si nuestra amante historia  
*ella* repasa un día,  
yo espero que le diga su memoria  
lo que el alma le calla todavía.

Yo espero que el recuerdo misterioso,  
evocación sublime del pasado,  
panorama grandioso  
que el dolor nos presenta iluminado;  
la memoria querida, pura y bella  
de los pasados días  
lograrán despertar el alma de *ella*  
a la luz de otras nuevas alegrías.

Y acaso en esas horas de la tarde,  
en que todo está triste y todo siente,  
en que un rayo de sol que apenas arde  
nos hace meditar profundamente,  
acaso en esas horas, recordando  
de su amor la pérdida primavera,  
vuelva a amarme otra vez, o meditando,  
vierta una triste lágrima siquiera.

.....

¡Y yo entre tanto, en brazos de la suerte  
seguiré por el mundo, peregrino  
que ni anhela la vida ni la muerte,  
ni le preocupa el fin de su camino,  
sin ideal, sin *ella*, sin la aurora  
de mi primer amor, todo me había!  
¡Irresistible tedio me devora!...  
Pasa, felicidad... ¡Tú no eres mía!

JULIO BURELL<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> "Boletín de Ciencias, Literatura y Artes" de *La Correspondencia de España*, 23 de enero de 1879, pp. 3-4. Actualizamos levemente las graffias y algunos signos del poema, de clara factura romántica con algunos rasgos becquerianos, cuyo autor (por haber nacido el 1 de febrero de 1859), aún no había cumplido los veinte años de edad. Recordemos que la edición de las *Rimas* de Bécquer tiene lugar en 1871. Hemos estudiado y publicado algún otro poema juvenil del periodista iznajeño, como el dedicado a Cervantes, y estamos pendientes de la publicación del volumen de José Luis Lechado, *Julio Burell, Poesía y narrativa (1875-1889)*, finalizado en septiembre de 2017, un libro que promete ser tan interesante como novedoso, con numerosos textos que no habíamos tenido en cuenta hasta ahora.







**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales**

